

## Resentimiento y Soledad

Juan Brando

A los 21 años me deprimí. Dormía durante todo el día y salía a caminar toda la noche, a veces bajo el frío intenso, y lloraba todos los días. Era una larga historia de socialización violenta, padres enfermos, pobreza, descalificación y desprecio. Cuando chico había querido jugar al fútbol, pero los instructores no se entusiasmaron con mi cuerpo esmirriado y mi timidez, y me decían que era un desastre, y entonces dejé. También quise aprender a tocar la guitarra. Mi madre, diligente, me anotó en el conservatorio, pero fui recusado por un profesor gordo y barbado, un poco brusco, así que terminé el año lectivo, lo aprobé, y no volví más. Con la adolescencia llegó el rechazo de las mujeres por feo, pobre y extraño, el escarnio de los compañeros, la incompreensión de los profesores. Ahora había terminado de cursar el secundario y debía todas las materias menos Educación para la Salud, Educación Física, e Inglés. Y me quedé sin trabajo. Y empecé a no tener ganas de nada, a ser cada vez más letárgico. Porque la verdad, la vida no me gusta mucho. Y lo que menos me gusta de la vida es la sociedad: el desprecio y el rechazo, a veces por alguna causa, y a veces porque sí. Como he dicho en alguna ocasión, me resulta prácticamente insoportable vivir en un sistema social basado en la falta de amor. Y a mí, me parece que todos me consideran y me aman un poco menos que al resto. A veces siento que no soy un ser humano como los demás, sino una especie de fuerza, un factor de rechazo. Todos ven un intocable, lo negro del mundo, un gitano, un kaffir: la expresión de asco que me dedican es simplemente indescriptible. Y yo sé que tendría que absolverlos, porque no pueden evitarlo. Sé que debería sentir amor por ellos, pero para usar una expresión borgeana, su actitud me despierta “algo parecido al odio”. Eso parecido al odio podría recibir, en este caso, el nombre de resentimiento.

Colijo que el resentimiento es fruto de una destrucción psicológica : yo odio a los lindos, a los rubios, a los que forman parte, a los que detentan felicidad de algún tipo, a los integrados, a los dóciles, a los que ocupan un lugar axial o central, a los que suscriben la modernización, la abrazan y la aman, a los corderos del sistema social de la fragmentación y el odio. Odio el odio y odio profundamente a los que me odian. El Odio es un sentimiento, que puede ser esporádico, pero el resentimiento es un estado de ánimo, es un estado, una disposición, una actitud previa ante toda cosa. Lo que la sociedad occidental modernizada no sospecha o no contempla, lo que el sistema de la fragmentación soslaya, es que el resentimiento de los pobres, marginados, despreciados del sistema puede volverse una fuerza inmensamente lesiva y abrigar increíbles fantasías de destrucción.

Alfred Adler me hablaría del sentimiento de inferioridad, algunos otros me dirían que con el resentimiento no se construye nada. Y yo estoy de acuerdo, el resentimiento destruye, a mí me ha destruido. Yo no tengo ganas de vivir porque pienso que todo lo que haga no va a procurarme felicidad. Y hace tiempo que busco un lenitivo para todo eso y no lo encuentro. No encuentro cariño o consuelo, no encuentro relaciones humanas desinteresadas, entonces me refugio en lo único que hasta el día de hoy me dio resultado: la soledad. La soledad es hermosa, es el remedio a la enfermedad social. Cómo quisiera vivir en una perfecta soledad, como en el exaltado pedido de Goethe: “oh, dulce paz, ven, ven a mi pecho”. Emerson habló hace tiempo de la irremisible necesidad de estar solo, Kant postuló una “insociable sociabilidad” inherente al temperamento humano. ¿Por qué buscar la sociedad si nos golpea, y no preferir a cambio la soledad que nos acoge amorosamente?

Hace tiempo que quiero que todo esto termine y volver a casa: ya he probado la vida y tiene gusto amargo, es cruel, impiadosa, dura, infame, sin cuartel, es una batalla de penas y mezquindades. Y yo quiero la paz. Mientras este tránsito dure, la embriaguez, la presencia de unos pocos amigos, si es posible que sepan hablar muchas absurdidades y no tomen nada en serio, y los largos períodos de soledad, recogimiento y lectura, son una receta probable para andar exento de golpes y sinsabores. Cuando todos mueran y muera yo también, ya no habrá problemas para nadie y se vivirá una especie de dicha por omisión.

Esas son, según las he descrito aquí someramente, las probables relaciones entre el Resentimiento y la Soledad tal como las entiendo.

## Consideraciones sobre la tristeza

Federico Giorgini

Inmemorialmente gran parte de los seres vivos nos hemos visto empapados por diferentes emociones o estados de ánimo. Desde la antigüedad, se ha intentado analizar los alcances de este fenómeno en las vidas humanas, así, infinidad de pensadores dedicaron sus reflexiones a dilucidar la naturaleza, las consecuencias, los recovecos y los reverses de estos estadíos.

A diferencia de la alegría, la cual suele ser sinónimo de elementos positivos –con lo cual reviste menos preocupaciones – la tristeza nos desvela cada vez que nos vemos empapados por ella. Tras su llegada, todo parece cambiar de cariz. El aspecto de lo que nos rodea se tiñe de azul, gris o de tonos oscuros. Las fuerzas del cuerpo disminuyen a la vez que en nuestro pecho crecen sensaciones como la congoja, la frustración, la impotencia, el desamor, la desilusión, la derrota, la parálisis o la muerte. A nuestro alrededor se genera una atmósfera de finales abruptos o de agonías interminables, paradójicamente ambas pasan a representar la misma cárcel.

A través de infinidad de expresiones artísticas, se han encontrado metáforas visuales o del lenguaje para dicho estadío. Se ha simbolizado a la tristeza con un fenómeno climático como la lluvia, algo que repentinamente desembarca sobre nosotros y afecta abruptamente nuestras actividades, algo que requiere atención inmediata, que no permite mirar para otro lado y que nos condiciona a hacer las cosas de otra manera. Además, la estética de la lluvia está signada por el color gris, el sol bloqueado detrás de nubes oscuras, la densidad del aire que ganó humedad o por el barro y el lodo que se forman y dejan su marca en todo aquello que los atraviesa.

También se ha utilizado la imagen de un ciclo anual como el otoño: el final de la alegría veraniega, del andar despreocupado, de la plenitud de las plantas, del sol brillante, de la ligereza, de la vida al aire libre. Con el otoño comienza el retraimiento, se van apagando las gamas del verde para convertirse en tonos amarronados, las flores se marchitan, las hojas caen muertas, las temperaturas decrecen, el día comienza a acortarse, pero todavía no es el congelamiento invernal. El otoño marca el contraste, es la transición del calor al frío, es un momento de ruptura en lo que había sido una rutina diferente a aquello que devendrá.

Las grandes vastedades desoladas y la quietud que las caracteriza también han sido evocadas como metáforas de la tristeza. Probablemente porque transmiten la sensación de estar rodeado por una soledad titánica, del silencio ensordecedor a través del cual estallan todas las voces de nuestra mente. Porque a pesar de la ilusión de lo desolado, hay un mundo lleno de vida que permanece invisible a la mirada inmediata y que trabaja subrepticamente pero sin pausa.

Al desarrollar algunas reflexiones sobre la existencia humana, el filósofo Albert Camus advirtió algunos movimientos en los estados de ánimo muy ligados y hasta constituidos por la tristeza. Inclusive, estas mismas reflexiones pretendieron dilucidar el modo en que, al dar cuenta del absurdo que se reproduce constantemente en torno a la vida humana, nuestro estado de ánimo se ve afectado por la nostalgia de no poder volver atrás.

Camus identifica un momento de derrumbe de las decoraciones. Las rutinas repetitivas como mantras de la muerte en las cuales se ve sumergida la mayor parte de la humanidad: desayuno, tren, colectivo, horas de repetición de una tarea que no es grata, tren, colectivo, comida, dormir; lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y otra vez. Todo esto debe enfrentarse en algún momento a un “por qué” que comienza como producto del desgaste asombrado. Este desgaste aparece para inaugurar el movimiento de la conciencia despierta y provocada, luego hay dos opciones: la vuelta inconsciente a la cadena o el despertar definitivo. Finalmente, el despertar también se ramifica en dos opciones: el suicidio o el restablecimiento. Es decir, para Camus, no habría escape de la devastación desoladora del absurdo, al final siempre se trata de morir, el asunto es decidir si vale la pena vivir o no. Ahora, nosotros podríamos preguntarnos: ¿si esto no es la tristeza, qué cosa lo es?

Por otra parte, uno de los mentores con quienes discutía Camus fue Søren Kierkegaard. Éste no había sido devastado por el siglo XX y un siglo antes ya había dilucidado el punto de inflexión que luego retomaría Camus: sin desesperación no hay salvación posible. Para Kierkegaard, la desesperación es la inconsciencia en la que se encuentran los hombres sobre su destino espiritual y en este estado, lo negativo de la muerte se expresa en un vivir continuamente. La angustia es desesperación.

No obstante, según Kierkegaard, no sólo las penas constantes de la vida logran engañar a la existencia perdiéndola, sino también las alegrías vacías. Por eso, la desesperación de la cual habla, no se trata sólo de la tristeza, sino también de aquello que normalmente se toma como indefectiblemente positivo. De este modo, todo aquello que popularmente es endosado a la tristeza y representa elementos negativos como la parálisis, la desorientación o la incapacidad de actuar sobre el mundo, no es algo que dependa exclusivamente de este estado de ánimo.

Kierkegaard explica que esto es posible porque hay algo subyacente: “en todo momento de su existencia, el yo se encuentra en devenir, porque el yo en potencia no existe realmente y no es más que lo que debe ser. Por lo tanto, mientras no llega a devenir él mismo, el yo no es él mismo y no ser uno mismo es la desesperación”. Es decir, a diferencia del callejón sin salida que luego planteará Camus, para Kierkegaard el camino debe apuntar al trabajo y a la autoconstrucción del yo. Indefectiblemente, será necesario atravesar el momento de la desesperación, el cual se compone de la tristeza, de la angustia como disparadores. A diferencia del absurdo pesimista de Camus, Kierkegaard consideraba que existe una salvación y que el desesperado consciente de su desesperación estaría un paso más cercano que aquel desesperado inconsciente.

Efectivamente, la vida es dinámica, está constituida por el movimiento eterno y no por la quietud. La vida no es un rígido edificio estático, ya que de ser así, se resquebrajaría ante el menor soplo del viento. Entonces, la tristeza es un movimiento tan necesario como la alegría. Junto a ella desembarcan los innumerables por qué, los cuales han sabido motivar la curiosidad humana desde que es posible realizarnos dicha pregunta. No aceptar la tristeza, negarla, ocasiona problemas no sólo de tipo psicológico, sino que significa desperdiciar una posibilidad de crecimiento existencial. Aceptarla se convierte, de este modo, en una necesidad: saber que duele, que hay dolores los cuales quizás permanezcan por siempre con nosotros. Es necesario vivir, atravesar la tristeza, conocerla en profundidad, saberse al límite emocional y pararse frente a una prueba determinante de la existencia.

Así como la lluvia, la tristeza implica el advenimiento de algo muchas veces sorpresivo, trastoca todo lo que estemos haciendo y requiere la atención necesaria para poder cambiar el rumbo siempre que haga falta. Así como el otoño, la tristeza llega para cortar con la dinámica que veníamos actuando, nos invita a revisar nuevamente qué estamos haciendo y a cambiar de dinámica para no quedar estancados eternamente en el mismo tipo de movimiento, pues la transición implica el crecimiento interno. Así como las grandes vastedades desoladas, la tristeza puede ser la soledad y el silencio eterno, pero quien desarrolla la habilidad del buen observador, del investigador, se encontrará con que bajo este manto la vida se encuentra en ebullición.

De esta manera, la desolación, el absurdo o la desesperación pueden ser pensadas como manifestaciones de la tristeza las cuales deben ser tomadas como disparadores antes que como el punto final de nuestra voluntad de vivir. Así, la tristeza no deja de ser la oportunidad necesaria para la revisión, para la evaluación, para la reflexión de quiénes hemos sido, quienes somos y hacia donde queremos ir con nuestra existencia. Las cosas que estaban ocultas pueden quedar al descubierto. No obstante, lograr la transmutación del dolor en crecimiento no es algo automático, requiere mucha fuerza vital, estabilidad emocional, una base fuerte sobre la cual afirmarse para resistir y reimpulsar todo el movimiento interno. Esto debe ser construido y luego sacar fuerzas de donde parece no haberlas para poder llevar a cabo, así, el esfuerzo colosal de enfrentar todo lo que en un primer momento parece aplastante. El riesgo de caer en un espiral de desesperación, desorientación, desesperanza y no poder salir siempre existirá, pero es necesario probarlo para tener conocimiento de causa: sin fuego no hay fénix.

## La voz sin nombre, autora del orden del discurso

Sonia López Hanna

Nos antecede la náusea a la que nos arroja el narcisismo. Migrantes desanimados del feudo de la vanidad, mayorazgo de la primera persona. Víctimas de las pasiones tristes que desata el yo encerrado en el espejo. Nuestra rebeldía en estaciones de espectáculos y egolatría es la presunción de una voz huérfana de autor, de una voz sin nombre.

Pero, ¿qué hay de peligroso en el hecho de que las gentes hablen y de que sus discursos proliferen indefinidamente? ¿En dónde está por tanto el peligro? ¿Cuál es el recelo que nos azota en la intimidad del ego al desalambrar las tierras de la identidad? ¿Por qué ese gesto esquivo de lo singular a lo común se ha convertido en el sino de nuestros tiempos? Primera persona, última trinchera de lo individual contra la revuelta gregaria de las voces diseminadas, semillas del comunismo.

En el discurso que hoy debo pronunciar, hubiera preferido poder deslizarme subrepticamente. Más que tomar la palabra, hubiera preferido verme envuelta por ella y transportada más allá de todo posible inicio. Me hubiera gustado darme cuenta de que en el momento de ponerme a hablar no me precedía ni Foucault, ni Borges, ni Menard, ni Cervantes, ni López Hanna.

Pienso que en mucha gente existe un deseo semejante de no tener que empezar, un deseo semejante de encontrarse, ya desde el comienzo del juego, al otro lado del discurso, sin haber tenido que considerar desde el exterior cuanto podía tener de singular, de temible, incluso quizás de maléfico. A este deseo tan común, la institución responde de una manera irónica, dado que devuelve los comienzos solemnes, los rodea de un círculo de atención y de silencio y les impone, como queriendo distinguirlos desde lejos, unas formas ritualizadas.

El deseo dice: «No querría tener que entrar yo mismo en este orden azaroso del discurso; no querría tener relación con cuanto hay en él de tajante y decisivo; querría que me rodeara como una transparencia apacible, profunda, indefinidamente abierta, en la que otros responderían a mi espera, y de la que brotarían las verdades, una a una; yo no tendría más que dejarme arrastrar, en él y por él, como algo abandonado, flotante y dichoso».

Y la institución responde: «No hay por qué tener miedo de empezar; todos estamos aquí para mostrarte que el discurso está en el orden de las leyes, que desde hace mucho tiempo se vela por su aparición; que se le ha preparado un lugar que le honra pero que le desarma, y que, si consigue algún poder, es de nosotros y únicamente de nosotros de quien lo obtiene».

Mi obra, su obra, nuestra obra, es la subterránea, la interminablemente heroica, la impar. También, ¡ay de las posibilidades del hombre!, la inconclusa. Yo sin yo, la voz sin nombre, quiere escribir El orden del discurso. Quienes insinúen que dediqué mi vida a escribir un Orden del Discurso contemporáneo me calumnian. No quiero componer otro Orden del Discurso –lo cual es fácil– sino el Orden del Discurso. No se trata de transcripciones mecánicas del original, no me propongo copiarlo. Mi ambición es la de producir unas páginas que coincidan –palabra por palabra y línea por línea– con las de Michel Foucault. Mi propósito es meramente asombroso.

El método es relativamente sencillo. Tengo que conocer bien el francés, recuperar la fe en el Partido Obrero, hacerme amiga de Altamira, apoyar las revueltas de izquierda, tener sexo con mujeres, con hombres, o con todos ellos, enamorarme de Gabriel Burgos, estudiar estructuralismo y marxismo, ser Michel Foucault o tal vez David Viñas. Ser en el siglo veintiuno un filósofo populista del siglo veinte me parece una disminución. Ser, de alguna manera, Foucault y llegar al Orden del discurso me parece menos arduo y –por consiguiente, menos interesante— que seguir siendo la voz sin nombre y llegar al Orden del discurso, a través de las experiencias de Foucault. Mi empresa no es difícil, esencialmente. Me bastaría ser inmortal para llevarla a cabo.

Componer el Orden del discurso a mediados del siglo veinte era una empresa razonable, necesaria, acaso fatal; a principios del veintiuno, es casi imposible. No en vano han transcurrido sesenta años, cargados de complejísimos hechos. Entre ellos, para mencionar uno solo: el mismo Orden del discurso.

A pesar de esos obstáculos, el fragmentario Orden del discurso de la voz sin nombre es más sutil que el de Foucault. Éste, de un modo burdo, opone a las ficciones románticas la pobre realidad provinciana de su país; la voz sin nombre elige como “realidad” las dunas esterritorializadas de una playa cercada y sin orillas.

El texto de Michel Foucault y el de la voz sin nombre son verbalmente idénticos, pero el segundo es casi infinitamente más rico. (Más ambiguo, dirán sus detractores; pero la ambigüedad es una riqueza.)

Es una revelación cotejar el Orden del Discurso de la voz sin nombre con el de Foucault. Éste, por ejemplo, escribió:

En el discurso que hoy debo pronunciar, y en todos aquellos que, quizás durante años, habré de pronunciar aquí, hubiera preferido poder deslizarme subrepticamente. Más que tomar la palabra, hubiera preferido verme envuelto por ella y transportado más allá de todo posible inicio. Me hubiera gustado darme cuenta de que en el momento de ponerme a hablar ya me precedía una voz sin nombre desde hacía mucho tiempo.

Redactada en el siglo veinte, redactada por el “ingenio erudito” de Foucault, esa enumeración es un mero elogio retórico de la voz sin nombre. Un intento por sacrificar al autor. La voz sin nombre, en cambio, escribe:

En el discurso que hoy debo pronunciar, y en todos aquellos que, quizás durante años, habré de pronunciar aquí, hubiera preferido poder deslizarme subrepticamente. Más que tomar la palabra, hubiera preferido verme envuelto por ella y transportado más allá de todo posible inicio. Me hubiera gustado darme cuenta de que en el momento de ponerme a hablar ya me precedía una voz sin nombre desde hacía mucho tiempo.

La voz sin nombre, profana enunciación que asola al siglo veintiuno, un fantasma que recorre los discursos, denuncia al autor como esclavo del lugar de enunciación; la idea es asombrosa. La voz sin nombre, traición pragmática al esencialismo del sujeto. Ella, impía, no respeta la voluntad del autor, no acepta invocaciones en primera persona. Michel Foucault aspiró a que lo preceda, la voz sin nombre, ingrata hasta el final, se hace un lugar en el tiempo sucesivo.

La voz sin nombre, hija de la historia, nativa de los lugares de enunciación, no guarda compromiso alguno con el autor o sus requisitos. Ella lo sucede y lo precede como una causa poderosa que le da sentido a todos sus efectos. Incluso al autor, el más mínimo de ellos, portador del más modesto de los deseos: desistir del nombre propio, ofrenda abnegada y quijotesca en mi nombre, vano ritual pues no hay designación o mote que me posea. Ser sin persona que lo conjuge, la voz sin nombre, el grito sin pronombre, la diseminación del sentido que es esquiva a las postreras intenciones de un sujeto.

Es vívido el contraste de los estilos. El estilo impersonal de la voz sin nombre —extranjera al fin— adolece de alguna afectación. No así el del precursor, que maneja con desenfado el francés corriente de su época.

Nada tienen de nuevo esas comprobaciones nihilistas; lo singular es la decisión que de ellas derivó la voz sin nombre. Resolvió adelantarse a la vanidad que aguarda todas las fatigas del hombre; acometió una empresa complejísima y de antemano fútil. Dedicó sus escrúpulos y vigiliadas a repetir en un idioma ajeno un discurso preexistente.

Pierre Menard acometió la quimérica tarea de ser Cervantes. Michel Foucault pretendió atravesar la voz sin nombre para negarse. Jorge Luis Borges, bibliotecario, sereno centinela, recela de las particularidades de la autoría. Pues sabe que en la inmensa oscuridad de la eternidad, las monadas leibnizianas detentan la infinita potencia de la comunidad de ideas. La voz sin nombre, sin expectativas individuales, caprichosamente impersonal, deviene sin ser nadie. Copiar, robar, inventar es todo más de lo mismo. No son actos anómalos, son la normal respiración de la inteligencia. Todo hombre debe ser capaz de todas las ideas y entiendo que en el porvenir lo será.